

Índice

Prólogo	13
Índice onomástico.....	18
Advertencias a los lectores	21
Introducción	25
Andrea	29
La partida	33
A bordo del primer avión	35
Los compañeros de travesía	39
Las condiciones del viaje	43
Nuestra llegada a América.....	46
El recibimiento en Cali.....	49
Una <i>comida</i> bastante formal.....	53
El primer día en el trópico	56
Las descripciones de mi dietario	58
Nuestro apartamento	61
Las diversas comunidades	64
La residencia familiar y el barrio.....	68
De visita por la ciudad	70
Unas cervecitas en una terraza exterior.....	73
La seguridad	75

Los preparativos para la boda.....	80
Las tres comidas diarias	84
Los precios y los salarios.....	86
El clima del trópico	88
La circulación y el transporte en la capital....	91
Las grandes superficies comerciales.....	94
Mi libro sobre el viaje	97
El transcurso de los días	101
Algunos apuntes geográficos	105
La cratividad y los recursos de los caleños	107
La belleza de las caleñas	110
Los barrios y los estratos sociales	112
El clasismo y el racismo.....	115
Noticias sobre mí	119
El narcotráfico según Ángel.....	122
La versión del Gilberto	127
Salimos de excursión.....	130
Lugares turísticos en el valle del Cauca.....	135
Algunos rituales de la Navidad caleña	137
La diversidad de creencias religiosas.....	140
Mis conversaciones con Andrés	143
Un problema que escribí en Cali	146
Una conversación sobre asuntos políticos.....	149
Sandra	153
La víspera de la boda.....	157

El gran día	159
La ceremonia.....	162
La recepción.....	166
Después de la <i>rumba</i> nupcial	169
Nuevas invitaciones a almorzar y a comer.....	171
La paz en Colombia	175
Celebrando la Navidad	179
Un desfile de carrozas y danzantes	183
Después del desfile.....	186
Algunas notas nocturnas.....	190
El almuerzo en casa de Marina	192
Un gran festival de salsa	195
Otra excursión y un cacheo policial	198
A la vieja usanza	200
La casa de Andrés	202
Algunos familiares en buga.....	204
El señor de los milagros.....	206
La leyenda del crucifijo	208
Una tarde en los toros.....	212
Me embriago inesperadamente	215
Iniciamos el regreso.....	218
Nuevos asuntos aeroportuarios	221
Adiós Colombia	224
Los modales de la gente	227
De nuevo en casa	229

Andrea recuerda.....	232
Epílogo	235

Prólogo

¿A quien no le gustaría que le invitaran a una fiesta?

¿Y si dicho evento tuviera lugar en el Trópico colombiano?

¿Y si, además, la invitación incluyera la posibilidad de participar directamente en la fiesta, compartiendo los preparativos, conviviendo con los actores principales y, de paso, conociendo una parte de Colombia, desde dentro y con el apoyo y la compañía de una familia colombiana?

Pues esto es lo que le sucedió a Jesús M. Villafranca, que fue invitado a viajar desde España hasta Colombia para participar en una boda en pleno Trópico, y aceptó ilusionado la invitación y con su decisión nos ha dado la oportunidad de poder compartir con el una experiencia, única y particular; porque al mismo tiempo que Jesús aceptó la invitación, y seguramente mucho antes, tomó la decisión de hacer de esta experiencia una obra literaria.

Pero “*La boda de Andrea*” no es únicamente el retrato de una fiesta o el relato de un viaje. Es una experiencia personal y singular que el autor nos invita a compartir integralmente con él, mediante la lectura. Vamos a viajar con él, vamos a ir de fiesta con él y

vamos a meternos en su piel, en su corazón y en su cabeza, para percibir, desde el fondo de su ser, todo lo que le sucede y siente, desde antes de aceptar la invitación, hasta mucho después de volver a su casa.

Leyendo “*La boda de Andrea*” vamos a poder conocer un poco una parte de Colombia, Cali y el Valle del Cauca, y a partir de un conjunto heterogéneo de personas y de las aportaciones del autor, vamos a tener también una visión de la sociedad colombiana actual, en su conjunto, aunque limitada en el tiempo y en el espacio.

Pero además vamos a percibirlo, a sentirlo y a compartirlo todo. Jesús no nos deja ser unos espectadores ajenos a la historia, aunque tampoco nos convierte en sus protagonistas. Es algo más complejo. Es como si estuviéramos “entre bambalinas” en un teatro. Ni somos el público, ni somos los actores. No interpretamos la obra, pero tenemos una visión diferente de la de los espectadores, más intensa, más completa y también más compleja y con más matices.

Y esto es así porque el autor, como su obra, es un personaje poco común. Es verdad que todos somos irrepetibles y únicos, pero él, en mi opinión, lo es en mayor medida. Profesional del derecho, un gran profesional además,¹ por obligación (de alguna cosa hay que vivir) y literato, en toda su amplitud, por devoción. Jesús escribe poesía, cuentos, relatos,

1. Jesús Villafranca es abogado de profesión, al servicio de una Administración Pública.

crónicas... e ilustra algunas de sus obras con dibujos y bocetos propios o incorporando fotografías que él mismo ha tomado.

Pero, no se conforma únicamente con hacer literatura, en sentido estricto o cultivar otras disciplinas relacionadas (fotografía, dibujo ...) sino que es una persona que, además, anda permanentemente “a la caza y captura de la felicidad”, y como consecuencia de ello es el creador y responsable de un blog “*La felicidad*” y que define “*como un espacio común, de naturaleza virtual, en donde cada uno de los lectores/participantes puede reflexionar ante los demás, desde su experiencia personal, sobre cómo podemos ir hacia el bienestar emocional y hacia la felicidad*”.”

Y todo ello se refleja en “*La boda de Andrea*”. El uso preciso y concreto del lenguaje y, especialmente las descripciones, minuciosas y, en algunos casos exhaustivas, propias de los juristas; la capacidad de transmitir imágenes, sensaciones, colores y olores con la palabra que tienen los poetas; la lógica y el orden en la exposición de los narradores; y el complemento visual y de apoyo, mediante fotografías, imágenes notas y explicaciones, tan habitual en los cronistas.

Pero también aparecen en el libro los sentimientos, las percepciones, las sensaciones que tiene el autor, antes, después y durante los 20 días que pasa en el Trópico colombiano. Los diferentes estados de ánimo, el estado físico, las premoniciones, los deseos, los miedos, las esperanzas y las desesperanzas, y también la gratitud hacia su familia de acogida.

Y es este conjunto de géneros literarios, de experiencias compartidas, de historias y de “histerias” que hace de “*La boda de Andrea*” una obra singular, diferente y merecedora de ser leída. Estoy convencido de que no dejará indiferente a ninguna persona que la lea. Habrá a quienes les agradará más o menos, a quienes apasionará o disgustará, pero estoy convencido que nadie se arrepentirá de haber invertido una parte de su tiempo en compartir con Jesús su experiencia vital por el Trópico colombiano.

Y estoy tan convencido, porque como decía otro escritor² “*Si escribes de corazón, de corazón se leerá*”, y la obra que Jesús ha puesto en nuestras manos, presta para ser leída, está escrita de corazón.

La creación de una obra literaria, y en general de cualquier obra destinada a que otras personas la compartan y disfruten, genera una especie de contrato/trato virtual. El autor la crea, en este caso, para compartirla con las lectoras y lectores, que a su vez se comprometen a leerla para valorar posteriormente si ha satisfecho sus expectativas. El autor ya ha cumplido su parte del trato, poniéndola a nuestra disposición.

Ahora nos corresponde a nosotros leerla, irnos de viaje con Jesús y asistir con él a la boda de Andrea y percibir todo lo que pasa a su alrededor. Y será entonces, después de haberla leído, cuando como él, habremos cumplido nuestra parte del trato y podremos

2. Pablo Sabalza Ortiz-Roldan, en una entrevista en el “magazinedigital.com” del diario “La Vanguardia”.

Índice onomástico

MUJERES:

Andrea	Protagonista principal del libro y amiga del autor.
Angélica	Mamá de Andrea
Beatriz	Hermana de Andrea
Cecilia	Amiga de Andrea
Claudia	Prima de Angélica y de Andrés
Martha	Hermana de Angélica
Marina	Mamá de Cecilia
Milena	Prima de Angélica y de Andrés.
Paula	Amiga de Andrea
Sandra	Novia de un hermano de Paula
Dña. Dolores	Criada de la casa

HOMBRES:

Andrés	Primo hermano de Angélica.
Ángel	Sobrino de Angélica (hijo de un primo)
Oriol	Pareja de Andrea.
Pau	Hermano de Oriol.

Gilberto	Conductor de una <i>buseta</i>
Waldo	Portero de la finca

**TÉRMINOS EN COLOMBIANO Y SUS EQUIVALENTES
EN ESPAÑOL**

Almuerzo	Comida
Buseta	Autobús
Carro	Coche (automóvil)
Celular	Teléfono móvil
Comida	Cena
Computadora	Ordenador
Direccionales	Intermitentes
Guayabera	Camisa
Guayabo	Resaca
Man	Hombre
Manejar	Conducir un vehículo
Papá/Mamá	Padre/Madre
Plata	Dinero
Platicar	Hablar
Recepción	Banquete
Rumba	Fiesta
Traguito	Bebida
Traqueto	Narcotraficante
Todero	Manitas

Tomar	Beber
Vieja	Mujer
Zancudo	Mosquito

Advertencias a los lectores

Escribir un libro sobre las impresiones personales que a uno le han causado el país que ha visitado y las gentes que en él viven plantea una cuestión ineludible, y es que, por fuerza, al no tratarse en mi caso de un estudio académico, mis opiniones no tienen (no pueden tener) un valor objetivo. Señalo este aspecto, aunque pueda parecer una obviedad, para que sus eventuales lectores tengan bien presente que lo que he escrito es puramente subjetivo y que, por consiguiente, puede alejarse bastante, en algunos puntos, de la realidad más objetiva de Cali y de su entorno en los aspectos social, político, económico, cultural y otros.

El libro fue escrito desde la voluntad de celebrar el viaje, es decir, desde la intención constante de experimentar al máximo todo aquello que se me fuera presentando, ya se tratara de momentos de goce como de aquellos en los que pudiera llegar a toparme con algunos lados oscuros de la vida de las personas.

En todo caso, quiero adelantar que, por lo general, los caleños (e imagino que, por extensión, la mayoría de los colombianos) son personas tranquilas, alegres, acogedoras, cálidas y cariñosas; y no sólo los que llegué a conocer más de cerca, sino también los taxistas,

las vendedoras de las superficies comerciales, los porteros, los camareros, los tenderos, los vendedores de jugos de fruta en la calle, etc. Y eso fue lo que más me cautivó desde mi llegada y lo que me facilitó que pudiera situarme en esa posición de querer sacarle todo el jugo que pudiera a la experiencia de visitar un país latinoamericano por primera vez en mi vida.

Por tanto, he escrito esta narración como homenaje a aquellas gentes extraordinarias (de entre las cuales, bastantes se han visto obligadas a emigrar a nuestro país dada su situación económica) y también con la intención de que pueda ser leído a este lado del Océano principalmente por aquellos que nunca han tenido (y tal vez nunca tendrán) la oportunidad de visitar el espléndido y exuberante Valle del Cauca.

Deseo insistir en que este libro fue escrito sin ningún afán de objetividad ni de exhaustividad, y en que, por tanto, las opiniones que en él vierto sobre algunos aspectos de la sociedad colombiana, y de la caleña en particular, habrá que entenderlas como puntos de vista puramente personales, sin duda más propios de una visión superficial y poco profunda, que es la que corresponde a un observador circunstancial que estuvo de paso en el Valle del Cauca durante 20 días solamente.

Y, finalmente, voy a referirme a los comentarios u observaciones que hago en diversos capítulos sobre negros y blancos, y sobre las razas y el mestizaje en general. A este propósito, nada mejor para aclarar mi punto de vista sobre la cuestión que reproducir a

continuación algunos correos electrónicos que nos cruzamos Angélica (la mamá de Andrea) y yo, una vez que ella ya había leído el manuscrito original del libro, antes de ser publicado. En uno de ellos me escribió lo siguiente: “En relación a las comunidades, creo importante aclarar que el mestizaje ha sido de tal magnitud, que, aunque tenemos población indígena y negra como tal, nosotros consideramos que aquí no hay razas, somos simplemente colombianos y así nos sentimos”.

Y yo le respondí en estos términos: “Es posible que las alusiones que hago en mi libro al asunto de las razas puedan sorprender a los lectores colombianos o latinoamericanos en general, por eso me parece muy bien y muy adecuado tu comentario. Yo he vivido siempre en un país en donde la integración racial de los pueblos ibéricos se llevó a cabo hace muchos siglos y apenas si han quedado rastros, apreciables por separado, de las características físicas que debieron de tener cada uno de ellos. Lo que me ocurrió, simplemente, es que, al llegar a Colombia, me llamó la atención —muy gratamente— la multiplicidad de características físicas de la población. Yo amo la variedad en todos los sentidos, me parece que da a la vida más color, y también en este aspecto. Me gustan, en general, los individuos de cualquier color de piel: negros de África o América, indígenas americanos, blancos europeos del sur o del norte, blancos americanos, gentes del próximo oriente, asiáticos del extremo oriente, blancos o indígenas oceánicos, etc.

y las correspondientes mezclas entre ellos. Así es que creo entender tu punto de vista, y me gustaría que también se entendiera el mío”.

EL AUTOR

Introducción

Un día del mes de febrero de 2007, mi amiga Andrea me comunicó que tenía previsto casarse en Cali (Colombia) con su pareja, Oriol, y que estaba invitado a asistir al evento. Mi reacción fue rápida y le respondí: *Sí, quiero ir a Cali.*

La época que eligieron para la boda fue el mes de Diciembre, coincidiendo con las fiestas de Navidad y la Feria de Cali. Así es que, con diez meses de anticipación, nos movimos para reservar los pasajes para ellos dos, para mí y también para Pau, el hermano menor de Oriol.

Una vez que hube dicho que aceptaba la invitación, enseguida comuniqué a mis compañeros de trabajo que mis vacaciones del 2007 serían en diciembre y les expliqué porqué. Naturalmente, el hecho les afectaba, ya que desde ese momento tenía que redistribuir entre ellos mis asuntos judiciales. Y, por supuesto, tuve que adelantar un mes de trabajo durante los meses anteriores, ya que no afloja hasta poco antes de Navidad.

De Colombia, sabía yo bien poca cosa entonces. Había conocido en los años cincuenta y sesenta, cuando era un niño, un par de chicos de Medellín que estudiaban en el seminario de Zaragoza, y había

llegado a saber posteriormente que otros dos estudiantes del mismo centro, de aquella época, una vez ordenados sacerdotes, habían ido a trabajar a Colombia y se habían comprometido con la guerrilla. Sus nombres se hicieron famosos en España: Laín y Pérez. Creo que el primero murió en un combate muy al principio de su alistamiento, y el segundo de una enfermedad hepática muchos años después. Eso era todo lo que sabía yo de Colombia, proveniente de mi época juvenil. Ya más recientemente, había conocido algunos colombianos emigrantes y por eso algo más había aprendido sobre ellos y con ellos pero no mucho. Y, claro, sabía que era un país con problemas con el narcotráfico y con la guerrilla, pero no pasaba de ser un conocimiento muy superficial el que tenía sobre el asunto.

Tampoco conocía nada sobre el Trópico. Me sonaba más bien a una zona del África negra en donde hacía mucho calor y había mucha humedad y, por tanto, mosquitos, los cuales podían transmitir la malaria, una enfermedad cuyo nombre, por sí solo, me producía pánico. Mi padre la había contraído durante la guerra civil de España y me había contado muchas veces lo duro que era recuperarse de esa infección producida por la picadura de un insecto.

A partir de Febrero, si he de ser sincero, no volví a pensar mucho en mi viaje, que me parecía algo difuso y lejano. Me limité a pagar el pasaje y a dejar para el final la preparación propiamente dicha. Sin embargo, me informé debidamente de si eran

necesarias algunas prevenciones de tipo médico. La médica alópata y homeópata que nos atiende desde hace años, cuando le dije a dónde íbamos a ir concretamente, me libró de toda preocupación cuando me aseguró que no hacía falta ningún tipo de prevención y que lo mejor era que me fuera a pasar unos días agradables, que estaba segura (sic) de que me lo pasaría muy bien

Los meses fueron pasando y yo fui atendiendo mi trabajo, prioritariamente, para evitar tanto como pudiera que al final se me presentara alguna dificultad profesional que me impidiera llevar a cabo lo que tanto deseaba.

Los únicos preparativos fueron en aquel momento alguna conversación con Andrea en relación con la ceremonia, cuyos detalles irán surgiendo en los capítulos siguientes. Pero nada más.

Llegado Diciembre, yo estaba más que estresado. Había tenido un mes de Noviembre profesionalmente muy duro, y eso, contando con que no había tenido unas vacaciones largas en verano, me llevó a un estado de fatiga mental bastante grande cuando se acercaba el día 9, fecha fijada para nuestros vuelos hacia Madrid, Bogotá y Cali.

Explico todo esto para que se entienda bien en qué estado comencé mi “salto del charco”. Sin embargo, he de añadir que ya entonces tuve el convencimiento de que podría integrarlo todo emocionalmente, es decir, tanto las sensaciones nuevas como las que arrastraba de mis últimos días

en Catalunya, siempre y cuando abriera suficientemente mi corazón a la experiencia.

En resumen, pues, inicié la aventura con la intención de pasármelo bien. Era una ocasión propicia para disfrutar de verdad. Yo siempre había deseado viajar a América, y en particular a Cuba, Perú (el Machu Pichu) y a los Estados Unidos (Nueva York), pero la vida me había dado la oportunidad de comenzar mi periplo americano yendo a Colombia, y además de una manera inesperada.

Para acabar esta Introducción, anotaré que he compuesto este libro a partir de los apuntes que tomé allí en mi Dietario, desde la perspectiva del bienestar, destacando siempre que he podido la belleza, el encanto y la luminosidad de los individuos que conocí, vi o a los que escuché hablar, y de la propia geografía que habitan ellos desde hace siglos.